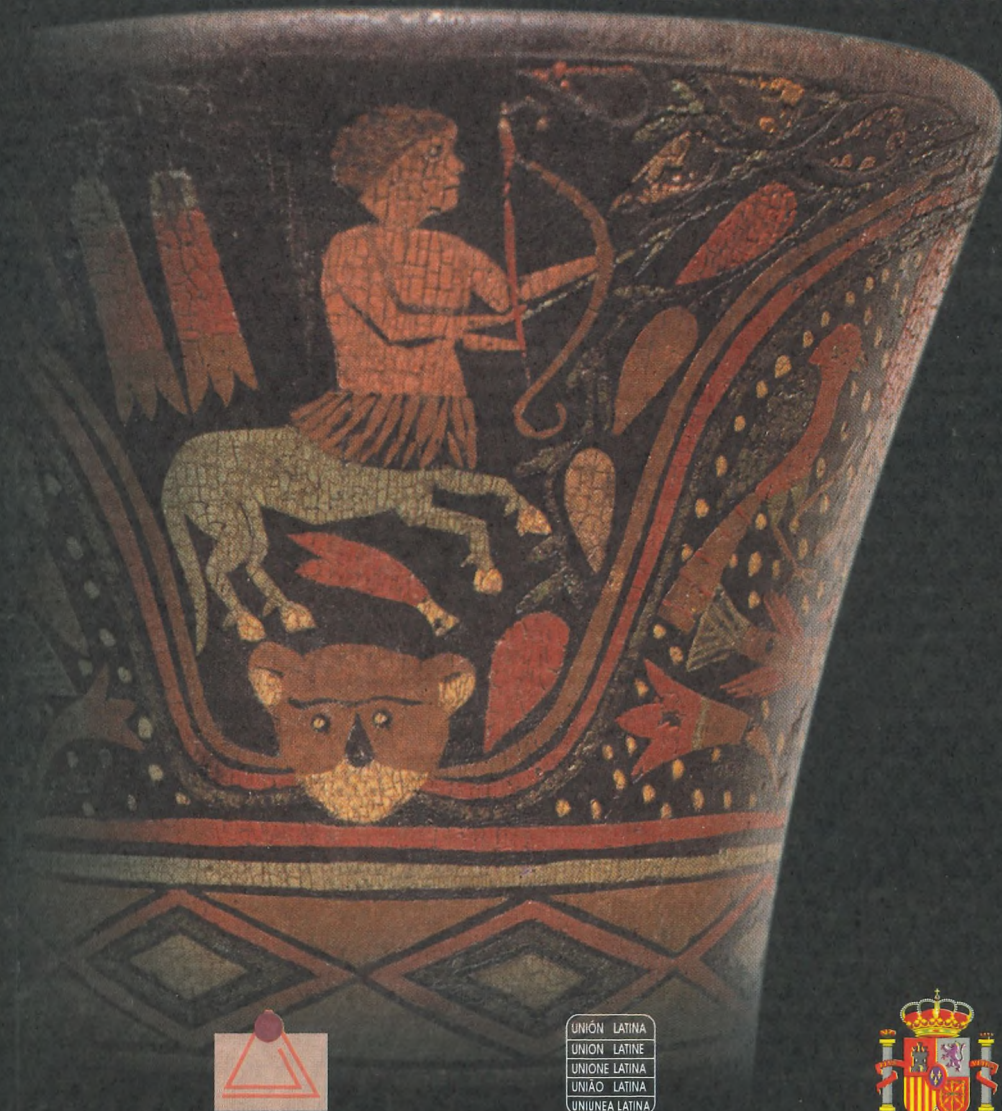


CLASSICA BOLIVIANA

I Encuentro Boliviano de Estudios Clásicos



UNIVERSIDAD NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ



UNIÓN LATINA



EMBAJADA DE ESPAÑA

CLASSICA BOLIVIANA

I Encuentro Boliviano de Estudios Clásicos



LA PAZ JUNIO 1998

Editor responsable:
Andrés Eichmann Oehrli

Comité de redacción:
Sergio Sánchez Armaza
Carmen Soliz Urrutia
Estela Alarcón Mealla

Colaboración especial:
Guido Orías Luna
Carlos Seoane Urioste

Depósito Legal
4-1-773-99

Diseño e impresión
PROINSA
Tel. 227781 - 223527
Av. Saavedra 2055
La Paz - Bolivia

© Andrés Eichmann Oehrli 1999

Portada:
Keru (vaso ceremonial incaico) de la zona del
lago Titikaka, periodo colonial. Museos
Municipales de La Paz.
Foto Teresa Gisbert

En el imponente escenario de las cumbres del Ande boliviano, la Unión Latina y la Universidad Nuestra Señora de La Paz reunieron a destacados intelectuales de diferentes países de América Latina y de Europa en el I Encuentro Boliviano de Estudios Clásicos, oportunidad en la que se plantearon interesantes iniciativas para difundir el idioma original, el latín, y los que derivan de él: español, francés, italiano, portugués y rumano; asimismo, se consideraron otros temas que representaron una importante contribución a los estudios clásicos tanto para el país anfitrión, como para los que practican los idiomas hermanos.

La Unión Latina, a través de su Dirección de Promoción y Enseñanza de Lenguas, tiene entre sus objetivos elevar la importancia del cultivo de las lenguas romances y de los estudios clásicos entre los países miembros, de tal manera que no se pierda la identidad y la cultura de la latinidad. La representación en Bolivia desarrolla en el país una serie de actividades, como seminarios sobre lenguas y culturas clásicas, publicaciones y cursos de enseñanza del idioma madre: el latín.

Hoy vemos, con mucha complacencia, materializadas las iniciativas y conclusiones del I Encuentro, en esta publicación que recoge los aportes de los intelectuales reunidos en este evento.

Es importante destacar que, como una consecuencia inmediata de este I Encuentro, ha sido creada la Sociedad de Estudios Clásicos, integrada por destacados intelectuales y personalidades.

El Encuentro surgió de una iniciativa de la Unión Latina y la Universidad Nuestra Señora de La Paz, que se han impuesto la tarea de continuar trabajando en estrecho contacto para divulgar lo que significó y significa la cultura latina en todos los ámbitos.

Deseo dejar testimonio de agradecimiento tanto a la Universidad Nuestra Señora de La Paz como a la Embajada de España en Bolivia, por todo el apoyo que han brindado para hacer realidad esta reunión y la publicación fruto de ese Encuentro.

Geraldo Cavalcanti
Secretario General
Unión Latina

INDICE

	Agradecimientos	7
Jorge Paz Navajas:	Introducción	9
Josep M. Barnadas:	Discurso de Bienvenida	11
Mario Frias Infante:	Mi odisea de traducir la Odisea	13
H.C.F. Mansilla:	Lo rescatable de la tradición clásica para el campo de la ciencia política	17
Iván Guzmán de Rojas:	Contrastes semánticos del Aymara registrado por Bertonio con el Castellano de Gracián	29
Juan Araos Uzqueda:	Apología, Critón, Fedón: Acta judicial	47
Francisco Rodríguez Adrados:	Escisiones y unificaciones en la historia del Griego	61
Rodolfo P. Buzón:	Papiros latinos en Egipto: Algunas consideraciones	69
Héctor García Cataldo:	Poesía Lírica Griega Acaica o de la cotidianeidad atemporal	81
Prof. Iván Salas Pinilla:	El Destino en la Ilíada y su campo semántico	97
Teresa Gisbert:	Los dioses de la antigüedad clásica en Copacabana	121
Teodoro Hampe Martínez:	La tradición clásica en el Perú virreinal: una visión de conjunto	137
Andrés Orías Bleichner:	El Soplo Clásico en la Escritura de Bartolomé Arzáns	145

Fernando Cajías de la Vega:	La arquitectura neoclásica en Bolivia	153
Josep M. Barnadas:	La escuela humanística de Cotacollao: evocación de una vivencia	157
Santiago R. M. Gelonch V.:	Algunas notas acerca de la investigación en los Estudios Clásicos (Investigación, Hermenéutica, Postmodernidad y Mito)	165
Ernesto Bertolaja:	La política de la Unión Latina en el ámbito de los estudios clásicos en América Latina	183
Andrés Eichmann Oehrli:	Reminiscencias clásicas en la lírica de la Real Audiencia de Charcas	187
Salvador Romero Pittari:	El latín en la literatura boliviana finisecular	211
Enrique Ipiña Melgar:	Sócrates y las tendencias pedagógicas actuales	215
Teresa Villegas de Aneiva:	Las sibilas y las virtudes teologales en la pintura virreinal boliviana	221

Agradecimientos

Jorge Paz Navajas, Norma Campos Vera y Enrique Ojeda fueron quienes apoyaron desde un inicio la realización del Encuentro y la publicación del presente volumen, y han hecho posible los auspicios para su publicación.

Luis Prados Covarrubias alentó la realización del Encuentro; a él debemos la participación del insigne investigador Don Francisco Rodríguez Adrados, que nos ha honrado con su presencia y su amistad.

De Sergio Sánchez Armaza, de Carmen Soliz Urrutia y de Estela Alarcón Mealla es el mayor mérito. Han creído que esta aventura era posible; la han llevado a cabo con entusiasmo y todo el trabajo imaginable, desde el inicio de la organización del Encuentro hasta anteayer, en que esta página ingresó a la Editorial. Pusieron en juego su conocimiento de la lengua latina, su bagaje cultural, su versatilidad para cualquier temática y sus cualidades personales. Ningún elogio es suficiente para ellos.

Han colaborado con largas horas de transcripción de las grabaciones, con ideas y gestiones variadas Carlos Seoane Urioste y Guido Orías.

Han concurrido también muchas otras formas de colaboración, y la lista de las personas a quienes se debe agradecer sería muy larga de transcribir, empezando por todos los que han participado en el Encuentro. No se puede silenciar el nombre de Jorge Velarde Chávez y el de Selva Fernández.

A todos ustedes, queridos amigos, muchas gracias,

el editor.

La escuela humanística de Cotocollao: evocación de una vivencia

Josep M. Barnadas

No estoy seguro de saber dar con el tono que pide esta pequeña conferencia que se me ha encargado: la dificultad estriba en su carácter inevitablemente autobiográfico. No lo he escogido por algún deseo de protagonismo ni, todavía peor, de narcisismo; viene dado, más bien, por el tema mismo. Y éste ha merecido mi preferencia por la preocupación de no caer en otro tipo de disertaciones más frías y objetivas, sí, pero también más insignificantes: basta pensar en la inabarcable tradición erudita y filológica que pesa sobre cada línea escrita por los grandes autores grecolatinos. Debo reconocer que no habría podido estar a la altura de lo que las presentes circunstancias piden; a fin de cuentas, no soy ni un helenista ni un latinista practicante. A lo más que puedo aspirar es a reconocermé en una respetable formación clásica.

Por otra parte, la vida te enseña a descubrir el valor de la introspección memorística, para uno mismo y, a veces, también para quienes te rodean. Es probable que a ello haya contribuido en no pequeña medida mi cotidiana profesión de historiador, aquí, en Bolivia, donde si los Andes no creen en Dios, tampoco sus habitantes parecen inclinados a historizarse, a afiliarse en un pasado en que puedan verse, comprenderse y entusiasmarse, a darse antepasados. El enorme, el asfixiante peso de la amnesia elevada a canon nacional, casi seguro que ha desarrollado en mí ciertos anticuerpos. ¿No dicen que la carencia estimula los sueños? ¿O que la nostalgia hace germinar proyectos de superación?

Naturalmente, sólo cuando uno deja de poder dudar en el valor de la formación que te ha encaminado; cuando, por un lado no sólo se te hace transparente que eres lo que eres gracias a unos años, a unas personas, a unos horizontes, a unas experiencias, a unos entusiasmos, sino que en un cierto sentido real, vives de ello; pero por otro, cuando te sientes solo en todo aquello: entonces nace espontáneo el deseo de rehacer el trayecto, de explicarlo, de persuadir sobre sus bondades, de deshacer prejuicios, de combatir ignorancias, de motivar iniciativas. La nostalgia y el desamparo también pueden reforzar poderosamente la lenta, agotadora, humilde, modesta, entrañable tarea de lograr que el propio tesoro no muera contigo. Surge también una cierta responsabilidad: ya no puedes cerrar los ojos ni desentenderte; no puedes callar; no puedes desamparar el barco que hace aguas. Has de dar la cara.

Así ha surgido lo que no tiene otra pretensión -si es que a tanto puede aspirar- que la de ser un testimonio de una época, de un pequeño mundo que lamentablemente va muriendo con la muerte de cada uno de quienes participaron en él. Y no podía sucumbir ante aquella forma de inhibición por cuanto cobra un tinte de nostalgia (como si se tratara de sentimiento vergonzoso!).

Quizás no esté fuera de lugar decir que mi primera formación estuvo totalmente alejada de las Humanidades; y más todavía de las Clásicas. Si llegué al bachillerato, no fue en la edad acostumbrada: procedo de un medio familiar donde no entraban los proyectos ni las posibilidades universitarias. Estudié lo que entonces y allá se conocía como Comercio (y lo acabé con un titulillo de Tenedor de Libros o Contable); después, seguí un año estudios y prácticas agropecuarias. No fue sino a partir de los dieciséis años, cuando decidí hacerme jesuita, que experimenté prácticamente qué significaba en la Compañía de Jesús la *Ratio studiorum*, con sus diversos peldaños: *Grammatica* (infima, media, suprema), *Humanitates*, *Rethorica*. Mi punto de partida fue el cero absoluto (a diferencia de los condiscípulos, que habían dado los primeros pasos en Latín y Griego durante el Bachillerato de aquella época): primero, memorizar declinaciones, géneros y conjugaciones; luego almacenar vocabulario y hacer los primeros pinitos en fraseología. Todo acompañado de una práctica activa de la lengua: ¿cómo hablar latín durante una buena parte del día cuando no se tienen ni los rudimentos? No me lo pregunten, porque lo he olvidado todo al respecto. En cuanto al griego, tres cuartos de lo mismo, aunque con una clara experiencia de su mayor lejanía y extrañeza (descubrí cosas de las que nunca había oído hablar, como el tiempo aoristo en la flexión verbal).

Así llegué muy pronto a Bolivia; en Cochabamba proseguí dos años más en el paquete grecolatino jesuítico; el segundo de ellos, ya en régimen de dedicación completa, cursando el primer año de Humanidades (con un pequeño tinte de literaturas modernas: leímos la trilogía de Gironella sobre la guerra civil española).

Así es como aprendí el latín y el griego que llegué a aprender. Podríamos decir: a palo seco; es decir, a lengua seca. Al respecto, mi condición de testigo me obliga a señalar dos cosas. La primera, que, básicamente, lo aprendí con la didáctica ideada en el siglo XVI por la primera generación de compañeros de Iñigo de Loyola; no supe nada que se pareciera remotamente a lo que ahora se llama "inmersión cultural" en el mundo cuya lengua uno quiere aprender. La segunda, que mis profesores de estas dos lenguas fueron, profesionalmente, de una perfecta mediocridad; mejor dicho, no tenían nada de profesionales (ni en el qué ni en el cómo). Nos transmitían lo que ellos, a su vez, habían aprendido en el pensum corriente en la Orden; aquéllos eran tiempos en que estaba claro para todos que el esfuerzo corría a cuenta del alumno, no del profesor; y el alumno que poría su carne en el asador, sacaba buenos réditos de las clases.

No quiero levantar ninguna tesis "técnica": me contento con aducir mi experiencia personal; a pesar de todo lo que puedan oponer los entendidos, sigo convencido que, tratése de la lengua que se trate, siempre habrá una buena dosis de dominio memorizado de palabras, formas y construcciones. Lo demás, será un "baño" de diletantismo; pero uno no saldrá ni "hablando" ni siquiera pudiendo leer la lengua de que se trate. Creo que esto forma también parte inseparable de este minúsculo testimonio.

Exactamente a fines de agosto de 1960 llegué a Quito, para cursar estudios en el Instituto de Humanidades Clásicas de la Universidad Católica del Ecuador. En honor a la verdad, debo confesar que llegué allá, probablemente sin haber oído nada de quién era el creador de la que he titulado "escuela humanística quiteña" y que influiría profundísimamente en mi itinerario vital posterior: el P. Aurelio Espinosa Pólit SJ; y si había oído de él, estaba materialmente incapacitado para valorar la trascendencia continental de su apostolado clasicista.

El Instituto de marras estaba situado en el pueblito adyacente de Cotacollao, a unos 10 km. de la capital ecuatoriana: si por entonces en Quito mismo la vida mantenía un pulso plácido, ya pueden imaginarse cómo sería en Cotacollao: aquello seguía siendo un paisaje típico de la campiña andina; se vivía tranquilamente; por la calle te topabas en cada esquina con indios y oías hablar quishwa. Sin esfuerzo alguno, dabas unos pasos y ya estabas entre campos cultivados o bosques de *eucaliptus*.

El paisaje humano interno del instituto estaba marcado por su propia constitución. Aunque desde 1953 pertenecía a la Universidad Católica, funcionaba para los *scholastici* de la Orden y unos pocos seminaristas de otras congregaciones. El alumnado era bastante internacional: en proporciones diversas, estaban representados Paraguay, casi todos los países centroamericanos, Bolivia, México, además del propio Ecuador. Los profesores, todos ellos jesuitas, vivían en la misma casona: en términos relativos, se puede decir que los tenías al alcance de la mano casi a cualquier hora; comías con ellos. Para ir a las clases, bastaba andar un par de minutos. La semana laboral no conocía de semanas inglesas: el jueves era el día de descanso; y el domingo, no había clases, pero sí estudio: hasta en esto persistía la *Ratio studiorum*!

He mencionado ya al P. Aurelio Espinosa Pólit (1894-1961), quiteño de abolengo, sobrino del arzobispo Manuel Ma. Pólit Lasso y hermano de otros cuatro jesuitas; había salido del país a los cuatro años de edad, seguido estudios en Suiza, Bélgica e Inglaterra; luego había entrado a jesuita en la Provincia de Toledo, siguiendo el *cursus studiorum* en Granada y Barcelona; acabada la Formación Común, pasó un año en Cambridge estudiando Humanidades Clásicas (eran tres, pero la premiosa necesidad de personal le amputó de completar el curriculum cantabrigense y laurearse). Volvió, pues, a Quito en 1928¹.

A partir de aquel momento toda su vida estuvo dedicada a dos grandes empresas: plantear un centro de estudios clásicos inspirado fielmente en la *Ratio studiorum* jesuítica y crear una infraestructura de conocimiento del pasado ecuatoriano. Ambas las logró, a pesar de todos los géneros de obstáculos que uno puede imaginarse en un país de la contextura del Ecuador, tan similar por lo demás a la de Bolivia. De la primera, ya habrá tiempo de hablar más

¹ La fuente básica accesible de información sobre el P. Espinosa en que me baso es la biografía que le ha dedicado su discípulo Francisco Miranda, *El humanista ecuatoriano Aurelio Espinosa Pólit*, Puebla, (1974), 437 p.; también he releído la semblanza fúnebre que le dedicó su amigo y coetáneo estricto, el político y jurista Julio Tobar Donoso, *El Padre A. Espinosa Pólit SJ*, en: *Cinco siglos de historia. Centenario del Colegio San Gabriel, 1863 - 1963*, Quito, 1962, 144 - 151.

adelante; de la segunda, basta haber conocido y, mejor aún, trabajado en la "Biblioteca Ecuatoriana" que ahora lleva su nombre².

Nadie podría sorprenderse que en el intermedio se viera arrastrado, en espíritu de servicio, a prestar su cooperación en muchas otras empresas: p. ej. intervino decisivamente en la fundación de la Universidad Católica, cuyo primer Rector será de 1946 a 1961; o su participación en el Consejo Superior de Educación; o las ediciones críticas que preparó, como *El nuevo Luciano de Quito*, de Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo (1943), de la obra oratoria del jesuita dieciochista Juan B. De Aguirre (1943), de la poesía del neoclacisista José J. Olmedo (1945; reproducido en México en 1947), para la colección oficial de los "Clásicos Ecuatorianos"; o la de la *Vida de Santa Mariana de Jesús* del jesuita barroco Jacinto Morán de Butrón (1955); o el epistolario del ya citado Olmedo (1960).

La significación más permanente del P. Espinosa para los estudios clásicos hispanoamericanos la podemos cifrar en su obra escrita. Ésta, a su vez, la podemos desmembrar en dos bloques.

En cuanto a las traducciones, destacan:

1. *Virgilio en verso castellano* (Quito; traducción de la obra completa de Virgilio).
2. *El teatro de Sófocles en verso castellano. Las siete tragedias y los 1129 fragmentos* (Quito, 1959), 736 p.
3. *Lírica horaciana* (México, 1960; versión completa de la poesía horaciana).

En cuanto a monografías:

1. *Estudios virgilianos. Homenaje de la Compañía de Jesús en el Ecuador al poeta latino en el bimilenario de su nacimiento* (Editor; Quito, 1931).
2. *Virgilio, el poeta y su misión providencial* (Quito, 1932).
3. *Horatiana* (Editor; Quito, 1936).
4. *Síntesis virgiliana* (Quito, 1960).

La institución de un hogar jesuítico grecolatino en Cotocollao ni podía ni quería salirse de los cauces de la *Ratio studiorum* del siglo XVI; pero sí había aprendido, primero con otro

2 Véase el folleto de Julián G. Bravo, *La Biblioteca Ecuatoriana "Aurelio Espinosa Pólit SJ"*, Quito, 1967.

jesuita destacado de los estudios clásicos, el vasco Ignacio Errandonea, y luego directamente en Cambridge, que aquélla necesitaba actualizarse. Dicho en pocas palabras, no podía ignorar la Filología producida desde el Humanismo renacentista. Ésta será su meta: aprovechar los autores clásicos para la formación humana de los jóvenes jesuitas que tenía encomendados; y si para ello hacía falta, complementándola con otras materias (empezando por la Literatura moderna y la Historia).

Mi contacto con el P. Espinosa fue, en realidad, muy breve: desde que en septiembre de 1960 empezó el curso hasta Navidad, en que se agravaron sus dolencias, fue internado y finalmente murió (en enero de 1961). En realidad, para mí el primer encuentro personalizado con él se produjo de una forma absolutamente -llamemos- "casual": el P. Espinosa era Prefecto de Estudios en el Instituto y, como tal, llamaba, uno por uno, a su despacho-dormitorio a cada uno de los recién llegados a Cotocollao. Cuando me tocó el turno, seguramente como se dice "para romper el hielo", empezamos a hablar de mi origen catalán, poniendo él de su parte algún recuerdo de sus estudios teológicos en Barcelona. Cuando me preguntó por mi *curriculum*, supo que no era bachiller. No se limitó a informarme sobre una llamada "Ley de gracia" ecuatoriana (en la que había tenido decisiva intervención y por la que podían obtener dicho título quienes presentaran notas de cinco años de cualquier tipo de estudios y dieran exámenes de los dos últimos años de Medio), sino que me recomendó con énfasis que aprovechara aquella oportunidad: de esta forma los mismos estudios en el Instituto me permitirían licenciarme en Humanidades Clásicas. Por supuesto que le hice caso; los efectos tangibles de ello ya son otra historia, que no pertenece a nuestro tema.

Entremos ya en el meollo de mi testimonio. ¿Cómo funcionaba el Instituto de Humanidades Clásicas de Cotocollao ideado y timoneado por el P. Espinosa? Yo cursé allí dos años de Retórica (I y II). Las materias, si no se me escapa alguna, eran: Autores latinos (Cicerón y Virgilio); Autores griegos (algo de Jenofonte, Homero y Sófocles); Literatura moderna; Oratoria e Historia Universal. Sobre todo en la literatura antigua y siguiendo el espíritu de la *Ratio studiorum* jesuítica, el sistema se situaba en las antípodas de la información enciclopédica: se veían muy pocos autores; pero éstos se leían directamente: quiero decir en sus textos originales.

Cada uno recibía un ejemplar de las ediciones críticas de la editorial Clarendon de Oxford; la clase se abría con una muy breve introducción sobre el autor y la obra que se iba a estudiar (una, dos clases). El P. Espinosa leía un breve pasaje: podían ser tres o cuatro versos o una docena; lo analizaba gramaticalmente en forma dialogada, con preguntas a los alumnos; daba una traducción más bien literal; volvía a analizarlo, ahora desde el punto de vista estilístico, haciendo caer en los efectos rítmicos del pasaje o en sentidos poéticos más o menos recónditos del léxico empleado. Todo culminaba en la exégesis Global del mensaje del autor, explayándose en puntos filosóficos, religiosos o de conceptos de la vida que él veía

presentes en aquellos versos³. Una vez recorridas todas estas etapas, se avanzaban otros tantos versos.

Hay que decir que al P. Espinosa, así como no le interesaba en absoluto atiborrar sobre nombres de autores y obras, tampoco se preocupaba de terminar una sola obra. Él tenía asignado cierto tiempo a cada autor y obra; si vencido el periodo no se acababa, igual se entraba al otro. Para entender el sistema, hay que mencionar otro elemento capital de la *Ratio*: las clases se entendían como prae-lectiones, es decir: introducciones a la lectura de los autores. No se podía seguir la explicación si uno no le dedicaba otro tanto o más tiempo en la propia pieza, primero preparando lo que ibas a ver en la clase siguiente; luego, repasando lo visto en la última.

Debo decir que aquella especie de desprecio por la erudición (no sólo enciclopédica, que -dicho sea de paso- tan honrosa carta de ciudadanía tiene en nuestros pagos), se manifiesta en algo que uno, entonces y ahora, puede considerar una aberración: no recuerdo que en los dos años cursados se nos hiciera leer ninguna monografía sobre cualquiera de los temas emergentes de las obras analizadas.

Creo, sencillamente, que el P. Espinosa no trataba de formar filólogos, aunque él sí lo era. Me parece que lo que él quería era formar jóvenes que hubiesen desarrollado la facultad de saber detectar la belleza y de emocionarse ante ella; también pretendía educar, potenciar la capacidad de enfrentarse a un texto culturalmente alejado, de analizarlo y de interpretarlo sin traicionarlo. Sabía que el joven estudiante que tenía delante habría de enfrascarse enseguida con los filósofos y, después, con la Biblia y con la tradición teológica; y quería darles una herramienta que les sirviera para toda la vida, fuere cual fuere el material "literario" que tuvieran adelante.

Aunque no pertenecía al ámbito de las Humanidades Clásicas, considero un rasgo peculiar de la formación que daba Cotocollao la atención prestada al uso de la lengua española bajo dos modalidades.

Oralmente, con los ejercicios de oratoria. Gracias a la revolución castrista, llegó a Cotocollao el P. Jesús López Pedraz: gallego de origen, había teorizado y escrito sobre las que él llamaba "técnicas de persuasión" que implicaban, no sólo en el uso oral de la lengua, lo que en el escrito conocemos como "estilo(s)". De las mentadas técnicas o lo he olvidado todo o, como debe suceder, hace tiempo que me parecen demasiado dogmáticas; en cambio, sí recuerdo perfectamente su distinción entre "improvisar" y "repentizar", por una de sus atemorizantes consecuencias prácticas.

3 Entre los entendidos, los ha habido que se han quedado escépticos ante el afán del P. Espinosa por "cristianizar" a Virgilio; en realidad, seguía una tradición jesuítica.

Se sabía que en cada clase llegaba un momento en que el profesor digitaba al pobre alumno que había de subir a la tarima y descolgarse con una especie de exabrupto oratorio ante la burlona mirada de quienes compartían su vida de internado. Todos bajábamos la vista para que no se cruzaran las miradas; pero ni esto servía de nada, porque uno oía sonar su apellido y había que ir al matadero: no había escapatoria.

El otro elemento práctico de la Oratoria consistía en un sermón anual de cada alumno en el comedor, durante el almuerzo. Puedo asegurar que hacía falta bastante sangre fría para enfrentar la cachaza de los oyentes, cuya única curiosidad podía residir en el malsano interés de ver por dónde iba a salir el condiscípulo. El ejercicio había empezado en las primeras etapas de la formación jesuítica (fuera de la función gastronómica); con el agravante de que la sesión acababa con el fuego cruzado del más o menos benévolo juicio de los compañeros oyentes.

En la forma escrita, corría a cargo del profesor de Literatura moderna: el primer año fue el P. Miguel Sánchez Estudillo, espíritu ultrarrefinado, perfeccionista y aun algo amanerado; llegó a ser elegido en la Academia Ecuatoriana de la Lengua. Sus clases, a imitación de las de autores griegos y latinos, consistían en la lectura de fragmentos selectos de unas pocas obras: recuerdo las de la versión decimonónica que Charles De Coster dio del pícaro germánico *Till Eulengenspieghel* y del *Retrato de Dorian Gray* de Oscar Wilde; todavía más: parece que sigo oyendo el intencionado comentario del P. Sánchez sobre una frase cínica del autor: "Hasta la verdad puede probarse". El segundo curso, Sánchez obtuvo un año sabático en Oxford y nos llegó un sevillano: el P. Antonio Núñez, quien nos "infligió" un manjar poético demasiado refinado para nuestros paladares: Juan R. Jiménez. Me acuerdo que sólo lograba cierta tolerancia del bucolismo franciscano de Jiménez compartiendo los 50 minutos de clase con alguna novela (quizás *La hora 25* de Gheorghiu).

Pero no nos desviemos. El sistema de Cotocollao exigía de cada uno una redacción semanal; unas veces de tema libre y otras, impuesto. Ya el simple hecho de tener que escribir para que otro te lea y te devuelva tu texto con sus observaciones, lo sigo encontrando formativo; el resto depende de quién te las hace. También de esto me ha quedado una imagen audiovisual grabada: yo había escrito apenas una página describiendo la labor de arado de un indio en el altiplano andino, que, por supuesto, no conservo ni podría reproducir su contenido; pero sí recuerdo una frase: ponía la tragedia del indio en que, tras el primer surco, había agotado toda originalidad para el resto de la jornada, quedando condenado a repetirse. Una mañana cruzándome con el P. Sánchez por un corredor, me dijo: "me parece muy original su observación; siga cultivando su estilo". Lo recibí como un valioso estímulo.

Por mi dedicación a la Historia, no puedo dejar de decir algo de las clases que de esta materia recibí en Cotocollao. Estaban a cargo de un hermano del P. Espinosa: el P. Juan Ignacio. También él había hecho su bachillerato en Bélgica; digo esto, porque ya entonces no nos era

difícil percibir su galofilia (especialmente urticante para los españoles "como Dios manda"). Era un hombre que podríamos llamar voluntariamente "anti-convencional". Su exposición no tenía nada de brillante (empezando por su expresión vocal, netamente cansina); ni, al parecer, lo buscaba: la prueba está en que no "daba clase"; simplemente leía unos apuntes sumamente concisos y concentrados, cuya copia distribuía el primer día de curso. Lo importante eran los comentarios que solía intercalar en cada párrafo; en ellos daba su "filosofía casera de la Historia". He de confesar que, ya entonces y aún ahora, me parecían verdaderamente formativos para los jovencillos que éramos. Te abría panoramas poco obvios; te hacía ver aspectos escondidos de los hechos; trataba de percibir el bosque a través de los árboles. No sé si a él le debo algo de mi inclinación por el trabajo historiográfico; pero sí que dejó una huella. Sin grandes declaraciones, te daba un estilo de situarse ante el pasado. Y ante el mismo hombre.

Ya acabo. Dicen que la educación es lo que te queda después de haber olvidado todo lo que te han dicho los sucesivos profesores que te han tocado. No me tomen por un latinista; mucho menos, un helenista. En realidad, nunca he ejercido de tales. A lo sumo, en un país como Bolivia, el latín que aprendí en Cochabamba y en Quito me ha servido para emprender ciertas ediciones de fuentes coloniales. Probablemente sudaría si, ahora, me volvieran a poner en las manos las ediciones griegas de Clarendon: apenas si me veo con fuerzas para seguir el original del Nuevo Testamento.

Pero del rosario de recuerdos que no han naufragado en el olvido, me sentiría satisfecho si hubiese bastado para poner de manifiesto que me siento intelectualmente en deuda con la escuela clásica cotocollaense: le he sido fiel en la medida en que, no sólo nunca consideré perdidos aquellos años, sino que he mantenido sin desfallecer un profundo y creciente aprecio por lo que allí me habían dado y por lo que me habían permitido descubrir o, por lo menos, entrever. Y una de las cosas más valiosas que le debo es haber alcanzado a entrar en contacto con la lengua latina como lengua viva: en ella escribíamos (mejor o peor: no pretendo que fuéramos Horacios redivivos), en ella hablábamos, en ella nos examinábamos. No es poco todo ello cuando uno sabe cómo se ha encogido en todo el mundo la superficie social del latín.

Por esto, cuando nuestro amigo Eichmann me habló en diciembre pasado de la posibilidad de conformar un pequeño núcleo de amigos de las letras grecolatinas, le prometí arrimar el hombro en mis limitadas posibilidades. No me pregunten qué podría ser y hacer este núcleo: el tiempo lo dirá y dependerá de lo que sean capaces de hacer y ser quienes lo compongan.



Studio et labore, honestate ac maxima quam fieri possit modestia, ad astra usque eamus: si –ut Mantuanus ait- *omnia uincit amor*, ne obliuioni demus prope sequentia ipsius uerba: *labor omnia uincit*. Humanitatem in primis ut exemplum unum in nostris laboribus enixe colamus, prae oculis semper habeamus eamque imo corde prosequamur. Hoc iter nostrum; hoc decus nostrum; hoc et praemium semper nobis satis sit.

J.M. Barnadas